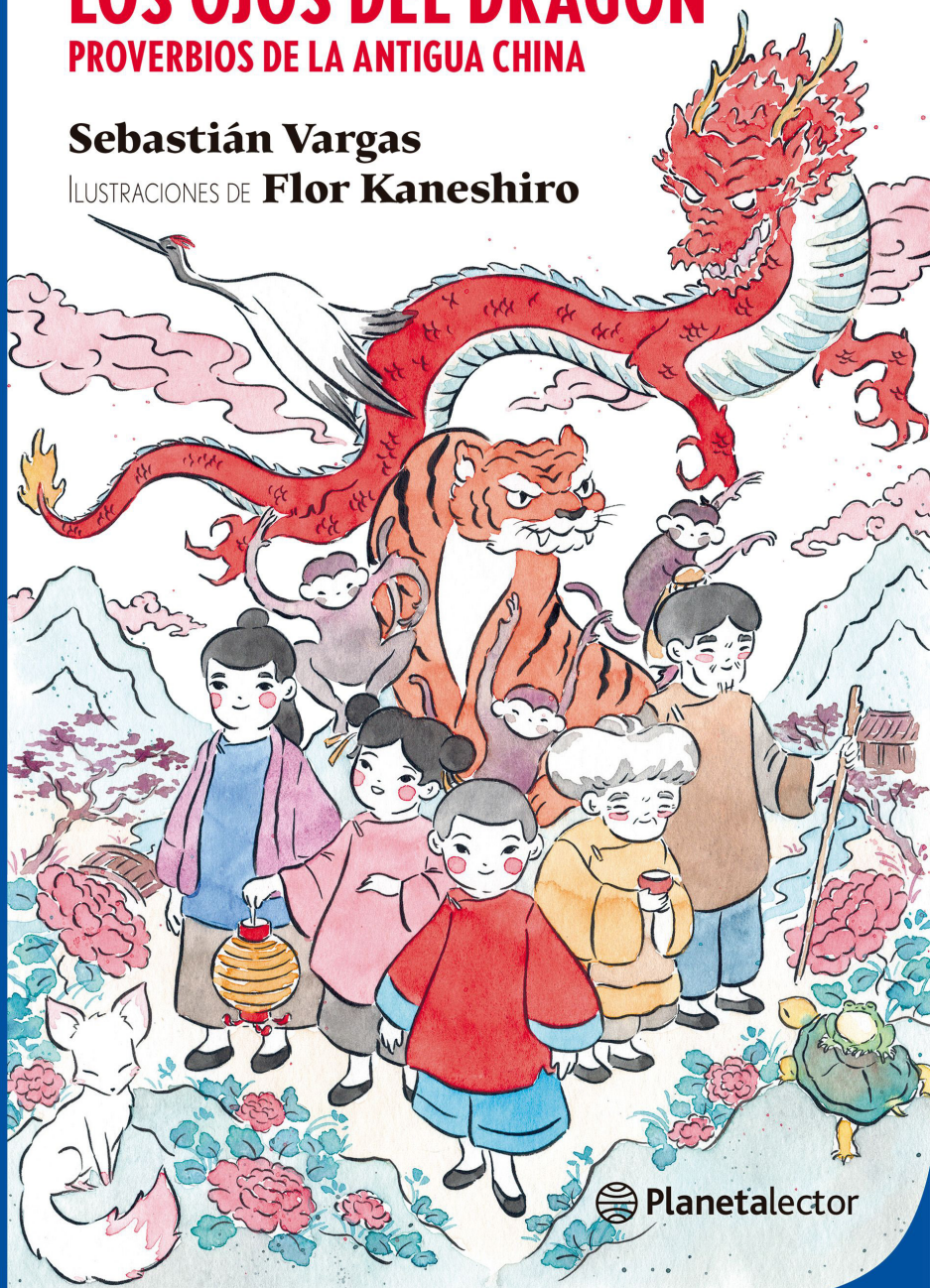


LOS OJOS DEL DRAGÓN

PROVERBIOS DE LA ANTIGUA CHINA

Sebastián Vargas

ILUSTRACIONES DE **Flor Kaneshiro**



LOS OJOS DEL DRAGÓN

PROVERBIOS DE LA ANTIGUA CHINA

Sebastián Vargas

ILUSTRACIONES DE **Flor Kaneshiro**

道听途说

dào:
sendero,
camino

tīng:
escuchar

tú: ruta,
camino

shuō:
decir,
hablar

“Camino escuchado, camino dicho”

1. RUMORES

La abuela Lilu era la persona con más años en la familia Fu, y también la más sabia. Su nieto Wang era el más pequeño de la familia, y el más inquieto. Pero en ese momento, ambos compartían el mismo rincón del patio, junto al aljibe.

Mientras la abuela hacía mover la rueda con el hilo de seda, Wang miraba aburrido a una mosca que daba vueltas alrededor del patio. La rueda hacía un ruido repetitivo y tranquilizador, pero el chico seguía inquieto.

En un momento, Wang rompió el silencio:

—¿Sabes, abuela? Hace poco, en una de las granjas al oeste del pueblo, una gallina puso cien huevos en una sola mañana.

La abuela interrumpió el giro de la rueca solo por un instante, lo suficiente como para echarle a su nieto una mirada, levantar la ceja izquierda y contestar:

—No puede ser.

Pero Wang ya había encontrado algo para salir de su aburrimiento, y continuó:

—Y el mes pasado, en el pueblo de Xinhao, cayó del cielo un salmón.

—Imposible —fue la respuesta de la abuela Lilu, que esta vez ni siquiera detuvo la rueca.

—Y en Pinyang, cerca del mar —volvió a hablar el niño—, encontraron una serpiente de doscientos pies de largo.

La anciana negó con la cabeza enérgicamente.

—¡Más imposible todavía!

Un poco ofendido porque la abuela no creyera nada de lo que él le contaba, Wang aclaró que tal vez la serpiente no llegara a los doscientos pies de largo, sino solo a ciento cincuenta...

—Para no exagerar, digamos que medía nada más que unos... ciento veinte pies —concedió Wang.

Al escuchar esto, y ya sin poder contenerse, Lilu detuvo el girar de la rueca, dejó el huso en el suelo al costado de la silla, puso los brazos en jarra en su cintura y mirando fijo al nieto, le respondió:

—Pero vamos, querido Wang, ¿dónde se vio, en todo el mundo y en toda la historia, que llovieran peces del cielo? ¿Quién crio alguna vez una gallina que pusiera cien huevos bajo un mismo sol? ¿Y qué serpiente, en todo el ancho mundo y también en el ancho mar, puede medir doscientos pies, o ciento cincuenta, o cien? ¿En qué lugar del pueblo de Pinyang cayó el salmón del que hablas? ¿En casa de quién está esa gallina milagrosa capaz de empollar un centenar de huevos?

La respuesta de Wang no se hizo esperar.

—Bueno, abuela... No lo sé, no conozco esos detalles. Son cosas que cuenta la gente, cosas que escucho en el camino, mientras voy al pueblo a hacer algún mandado.

—Ahhh..., ¡con razón! —replicó Lilo—. No te dejes confundir así: ese tipo de cosas se dicen con facilidad, pero no hay que creerlas, y mucho menos andar repitiéndolas. Porque los rumores sí pueden crecer más de cien pies y hacer brotar de sí cien hijos.

Mientras la rueca de la anciana volvía a girar, Wang, de nuevo callado, se quedó pensando en que la próxima vez que escuchara alguna noticia curiosa camino al

pueblo no se apuraría tanto en creer que fuera verdad.
O, al menos, le pediría más información a quien la
estuviera contando.

